

# EL MODERNISMO RELIGIOSO

(Continuación)

Por JUAN ROSANAS, S. I.

## 2. REFUTACIÓN DEL MODERNISMO <sup>16</sup>

El modernismo puede refutarse de dos maneras: una es tomando cada una de sus aserciones y mostrar su falsedad por ser contrarias a la razón o al dogma; otra consiste en hacer ver de una manera general, los absurdos que del modernismo se siguen. La primera nos llevaría muy lejos, pues, como está en oposición con casi todas las verdades que enseñan la filosofía y teología, sería menester probarlas todas, cosa que se hace en los cursos de estas facultades. Seguiremos pues el otro camino lo más brevemente posible.

Los modernistas establecen como base de su filosofía el *agnosticismo*, el cual apenas se distingue del *positivismo*, y profesa que nosotros no podemos conocer nada de las cosas cuales son en sí mismas, nada de las verdades metafísicas, sino solamente somos capaces de aprehender los fenómenos. « La razón humana, dice la Encíclica, encerrada rigurosamente en el círculo

<sup>16</sup> Cf. Muncunill, l. c., pág. 614-641.

de los fenómenos, es decir, de los objetos que aparecen, no posee la facultad ni el derecho de franquear estos límites ».

Ahora bien, el agnosticismo repugna, porque el hombre conoce muchas cosas con certeza: a Dios, el alma, el principio de contradicción, el de causalidad, su propia existencia, conoce los demás hombres, los animales, las plantas e innumerables cosas más, las cuales se podrán negar con las palabras, pero no con el corazón. Los agnósticos en cuanto dicen que solamente conocemos los hechos de la conciencia, caen en todas las contradicciones de los idealistas. El agnosticismo rebaja al hombre a la condición de bruto, pues también los brutos conocen los fenómenos y las apariencias, y nada más.

Otro principio del modernismo es el *inmanentismo* con el cual quieren explicar los modernistas, todo lo que pertenece a la religión. Para los modernistas el inmanentismo es aquel sistema que hace brotar la verdad religiosa de las necesidades del corazón, por donde el inmanentismo como nazca del interior del hombre, y en él permanezca, debe ser vital. Para Blondel la inmanencia consiste « en que nada puede admitir el hombre que no salga del mismo hombre, que de alguna manera no corresponda a la necesidad de expansión de su espíritu » <sup>17</sup>.

Del inmanentismo, así considerado, se siguen lógicamente varios absurdos: que todas las religiones son igualmente buenas, que todas son naturales, o que ninguna es sobrenatural o revelada.

Del agnosticismo y del inmanentismo se derivan casi todos los otros errores de los modernistas. Veámoslo: La revelación según la doctrina católica es una locución de Dios hecha a los hombres, por la cual Dios les manifiesta alguna verdad para que la crean por la autoridad del que habla. Para los modernistas la revelación es un sentimiento, o una exigencia o necesidad de lo divino, que se percibe en virtud de cierto sentido. Este algo sobresensible, que se aprehende por un sentido especial, antes de sentirse permanecía oculto en la subconciencia. Según Tyrrell, « la revelación divina es un toque, una impresión en la parte inconsciente, en el corazón; esta impresión despierta la actividad y se hace consciente, y surge el sentimiento que nos pone en íntima comunicación con Dios. Y añade que este sentimiento.

<sup>17</sup> Cf. E. Ugarte de Ercilla, en *Razón y Fe*, t. 22, pág. 46, Año 1908.

cuando es intenso, llega a veces a encarnar en imágenes y conceptos que responden a su naturaleza; pero que estos conceptos no son ideas reveladas, sino experiencias subjetivas, reacciones espontáneas o reflejas, provocadas en la inteligencia humana por la intensidad del sentimiento, como éste lo es por el toque divino, sentido en el corazón, y como lo son por una causa exterior, los sueños en el hombre dormido »<sup>18</sup>.

Mas no hay revelación sin alguien que revele y sin algo revelado. Los modernistas dicen que el que revela es el *Incognoscible*, que no se puede conocer de otra manera, sino por el sentimiento. Este sentimiento, esta experiencia de lo divino, mirada por parte del objeto es Dios, y por parte del sujeto es la fe, ¡qué simplicidad de elementos! Un solo sentimiento interno es revelación, es Dios, es fe, más aún, es conciencia, es vida, es el principio de todas las religiones.

El P. H. Dieckmann dice<sup>19</sup>: « La doctrina del imanentismo sobre la religión y la revelación es así: el sentido religioso (la experiencia religiosa), la revelación, la religión, esto es, la religión toda comienza y se termina en el *sentido religioso*, el cual *objetivamente* considerado es Dios que se manifiesta y revela, o sea la revelación; *subjetivamente* considerado es la fe y después la religión. Por lo tanto ninguna religión es objetiva y propiamente revelada, ninguna sobrenatural, ninguna diversidad entre las varias religiones, sino según su grado y valor práctico, ninguna religión absoluta y definitiva. Así que queda destruída toda la dignidad, la autoridad, el carácter divino y sobrenatural, la esencia misma de la religión cristiana ».

Hasta el advenimiento del modernismo, los teólogos y filósofos cristianos creían que la existencia de Dios se podía demostrar con argumentos metafísicos, físicos y morales, mas según los modernistas tales argumentos han caducado, han perdido toda su fuerza, pues, la moderna crítica kantiana declara que por este camino no se puede concluir la existencia de Dios. Más todavía, si nos atenemos a los principios de los modernistas, ningún atributo de Dios es cognoscible, pues, no está sujeto a la experiencia interna, fuente única del conocimiento religioso.

<sup>18</sup> E. Ugarte de Ercilla, l. c., pág. 53.

<sup>19</sup> De Revel. Christ., pág. 71, n. 105.

La fe según la doctrina católica es una virtud por la cual creemos que las cosas reveladas por Dios son verdaderas por la autoridad del mismo Dios que las revela. Los modernistas nos dicen que la fe no se distingue de la revelación, y por ésto hay que colocarla en las experiencias que miran lo divino, percibidas por medio de un sentido especial.

La religión, conforme a la doctrina católica, se puede decir que es « un hábito que nos inclina a tributar culto a Dios a causa de su excelencia infinita »; pero los modernistas dicen que el principio, el germen de toda religión es la experiencia religiosa. El programa de los modernistas define la religión así: « La experiencia actual de lo divino que obra en nosotros y en el todo ». La Encíclica *Pascendi* dice: « *El sentimineto religioso*, porque brota por vital immanencia de los senos de la *subconciencia*, es el germen de toda religión y la razón asimismo de todo lo que en cada una hay y habrá ». En esto los modernistas siguen al padre del protestantismo liberal, Fr. Schleiermacher, para quien la religión consiste en el sentido de absoluta dependencia con respecto al infinito<sup>20</sup>.

El dogma, según los teólogos católicos, es una verdad revelada por Dios, y propuesta por el magisterio de la Iglesia a todos los fieles para que la crean por la autoridad de Dios, que no puede engañarse ni quiere engañarnos. Para los modernistas, el dogma es otra cosa muy distinta: es un símbolo, una interpretación, una imagen derivada por el entendimiento de la experiencia religiosa, la cual viene a ser común a todos los fieles y la Iglesia la impone a todos. Para que esto se entienda, es de saber, que el entendimiento trabaja sobre la experiencia religiosa, y espontáneamente la percibe, de un modo simple y rudimental, pero después, reflexionando sobre la experiencia para declararla e interpretarla, forma varios conceptos de la realidad incognoscible que se oculta en ella; mas estos conceptos son sólo símbolos e imágenes que, a lo más, expresan algún aspecto de dicha realidad de los infinitos que tiene. Por donde se entiende, cómo estos conceptos, que cuando son comunes entre los fieles e impuestos por la Iglesia son dogmas, pueden variar indefinidamente.

<sup>20</sup> Cf. L. Lercher, *Inst. Theol. Dogm.* v. I, pág. 2 ss., n. 16 ss.

Que tal sea el concepto del dogma según los modernistas, nos lo dice la encíclica Pascendi: « La mente, pues, llegando a aquel sentimiento, hacia él se inclina, y elabora en él, como un pintor, que ilumina el viejo dibujo de un cuadro para que más vivamente aparezca; porque casi de este modo lo explica uno de los maestros modernistas. En este proceso la mente obra de dos modos: primero, con un acto natural y espontáneo traduce las cosas en una aserción simple y vulgar; después, con reflexión y ahinco o, como dicen, *elaborando el pensamiento*, interpreta lo pensado con sentencias *secundarias*, derivadas de aquella otra simple, pero más limadas y distintas. Estas *secundarias* sentencias, una vez sancionadas por el magisterio supremo de la Iglesia, formarán el *dogma* ».

La proposición 22 condenada por el decreto *Lamentabili*, reza <sup>21</sup>: « Los dogmas que la Iglesia presenta como revelados, no son verdades descendidas del cielo, sino una interpretación de hechos religiosos que el entendimiento humano elaboró con grande esfuerzo ». Esta es la mente de Loisy, quien decía que las concepciones que la Iglesia presenta, como dogmas revelados, no son verdades caídas del cielo, y guardadas por la tradición religiosa en la forma precisa en que aparecieron al principio. El historiador ve en ellos la interpretación de hechos religiosos, adquiridos por un laborioso esfuerzo del pensamiento teológico <sup>22</sup>.

La *Iglesia*, según los católicos, fué instituída inmediata y voluntariamente por Cristo, como una verdadera sociedad monárquica-aristocrática; por los modernistas, Cristo no fué el fundador voluntario de la Iglesia, a la cual, sin embargo, involuntariamente dió origen. Puesto que con su práctica y predicación, inició un movimiento religioso, cuyo término natural, la Iglesia, Cristo no previó y por consiguiente no intentó. Luego la Iglesia, según la mente de los modernistas fué una consecuencia natural e inesperada del movimiento incoado por Cristo en Palestina. La Iglesia, según los modernistas, nace de una doble necesidad: una en el creyente de comunicar su fe a los otros; la otra en la colectividad, de asociarse y de defender, aumen-

<sup>21</sup> DB. 2022.

<sup>22</sup> Cf. Muncunill, l. c., pág. 621.

tar y propagar el bien común <sup>23</sup>. Si la Iglesia no fué fundada por Cristo, no puede gozar de las prerrogativas de infalibilidad, indefectibilidad, unidad, santidad, necesidad y otras. Por la misma causa, la autoridad de la Iglesia depende de los fieles, como que es el resultado de sus conciencias e indigencias.

Por esto los modernistas pretenden que la Iglesia no debe definir nada, si no lo exige la común conciencia de los fieles y su gobierno y todo lo demás se ha de acomodar a los tiempos, a la cultura y a las exigencias de la humanidad.

La *Sagrada Escritura* para los católicos es la palabra de Dios escrita, que se ha de recibir y creer por la autoridad de Dios que la revela. Los modernistas hacen de la Escritura un libro humano, sujeto a errores. Dios no es el autor de la Escritura, ni el escritor sagrado fué movido por el Espíritu Santo a escribir. La Escritura no representa sino una colección de experiencias religiosas de hombres no vulgares. Dios se unió especialmente con los escritores sagrados, pero esta unión no es propiamente la inspiración bíblica, sino más bien una excitación de las experiencias internas tocantes a la religión, interpretadas por el escritor.

La *Tradición* es también la palabra de Dios verbalmente comunicada en su origen, y después transmitida de palabra y legítimamente de generación en generación, y por consiguiente se ha de aceptar y creer por la autoridad de Dios. Ahora bien, la Tradición para los modernistas no puede ser otra cosa que las interpretaciones y fórmulas de las experiencias religiosas, comunicadas a los demás y llegadas hasta nosotros. Estas fórmulas tienen el valor de excitar en los fieles las mismas experiencias de nuestros antepasados.

La *historia* y la *crítica* para los modernistas ha de sujetarse así mismo a su filosofía agnóstica-inmanentista. De donde la historia no puede atestiguar sino los fenómenos, no las cosas como son en sí.

El historiador debe discernir los fenómenos que son objeto suyo de lo que no pertenece a él. Por esto los hechos naturales y sensibles pertenecen a la historia; lo que, aunque sensible, no

<sup>23</sup> Cf. T. Zapelena, S. J., *De Ecclesia Christi*, pág. 39 ss. (Romae 1932).

es natural, pertenece a la fe. Además, de aquellos hechos naturales y sensibles, que dicen relación con las cosas de la fe y religión, hay que restar todo aquello que excede el orden común y ordinario, porque aquel exceso fué transfigurado, es decir, añadido por el fervor de la fe. Por fin, de los hechos hay que remover todo lo que fué desfigurado, esto es, aquello que, aunque natural, no corresponde al tiempo, a la educación y a las demás circunstancias del sujeto o del hecho. Así en la persona de Jesucristo el filósofo agnóstico debe eliminar la divinidad, la cual no es natural, ni sensible, sino objeto de la fe; reducido Jesús a puro hombre, aún han de restarse de él todas aquellas perfecciones que son efecto de la transfiguración. Más todavía, circunscrito Jesús a una personalidad histórica, es menester descartar de él todo aquello que en sus obras o discursos está por encima de la cultura, educación de su tiempo, como que todo esto es resultado de la desfiguración del personaje<sup>24</sup>.

« La crítica no es otra cosa, dice el P. Murillo<sup>25</sup>, que la interpretación razonada de la historia: sus cánones, por consecuencia, son los de la historia misma, depurados y corregidos. ¿Cuál será, según eso, la crítica modernista? Hecha división de la historia en real y subjetiva o interna, sólo reconoce como perteneciente a la primera lo que resta después de la triple eliminación hecha en virtud de los tres axiomas del agnosticismo, la transfiguración y la desfiguración de los fenómenos; lo demás, como producto de la fe, lo remite a la *historia interna o de la fe*. Con respecto a la disposición en orden cronológico de hechos y dogmas, su criterio es el que le dicta la historia en virtud del principio de la immanencia. Como, según ésta, a todo hecho ha precedido una necesidad del mismo, toma en la mano los monumentos de la historia, examina la serie de *necesidades* que los hechos suponen y escalona la serie de éstos por el orden de necesidades, teniendo presente la imposibilidad de que o el hecho aparezca sin una necesidad, o ésta sea posterior a aquél. Así, pues, sea cual fuere el orden que los hechos presentan en los documentos, ese orden no puede admitirse si no se conforma con la gradación sucesiva trazada de antemano por el filósofo.

<sup>24</sup> Cf. L. Murillo, en *Razón y Fe*, Set.-Dic., t. 19, pág. 448.

<sup>25</sup> *Ib.*, pág. 454.

El crítico debe además tener presente que en cada hecho particular, v. gr., en cada dogma, ha de distinguirse entre su origen y su desarrollo; y como este último se verifica en virtud de la *evolución*, es menester ajustar a ésta el desenvolvimiento de los dogmas ».

La *evolución* es otro principio modernista. Todo, según los modernistas está sujeto a la evolución, aún la religión cristiana. Evoluciona la fe fundada en las experiencias religiosas, las cuales al principio eran rudimentarias, mas después poco a poco se fueron perfeccionando. Y así como en la evolución biológica, el progreso no siempre se verifica insensiblemente, sino a las veces por saltos algo más considerables y repentinos que llaman *mutaciones*, así también en el desarrollo de las religiones, algunos hombres, especialmente aptos para la experiencia religiosa, como Moisés, los profetas, Cristo hicieron progresar mucho la religión a causa de sus admirables experiencias. A ello se debe que la religión católica es la que más ha evolucionado.

Evolucionan también los dogmas que, como vimos, son el resultado de un esfuerzo de la mente para expresar lo oculto debajo de la experiencia, es decir, lo incognoscible, lo infinito que, como tal, tiene innumerables aspectos. Estos aspectos a medida del trabajo teológico irán apareciendo a la Iglesia: forzoso es, pues, que sean variables y mudables. La Iglesia hace bien en resistir a que se cambien, pero al fin tendrá que ceder, porque los dogmas y la Iglesia misma son el fruto de las experiencias de los fieles. Además las experiencias religiosas, fuente de los dogmas varían, porque por la fuerza misma de las cosas se han de acomodar a las necesidades de los tiempos.

La encíclica *Pascendi* lo declara así: « El progreso del dogma se origina principalmente de que hay que vencer los impedimentos de la fe, sojuzgar a los enemigos y refutar las contradicciones. Júntese a esto el esfuerzo perpetuo para penetrar mejor lo que se contiene en los arcanos de la fe. Así, omitiendo otros ejemplos, sucedió con Cristo: aquello más o menos divino que en él admitía la fe, fué insensiblemente y por grados creciendo, hasta que, finalmente se tuvo por Dios. En la evolución del culto contribuye principalmente la necesidad de acomodarse a las costumbres y tradiciones populares, y también la de disfrutar de la virtud que ciertos actos han recibido del uso. En fin, la

Iglesia encuentra la razón de su desenvolvimiento en que exige adaptarse a las circunstancias históricas y a las formas públicamente introducidas del régimen civil. Así los modernistas hablan de cada cosa en particular. Aquí, empero, antes de ir adelante, queremos que se advierta bien esta doctrina de las *necesidades* o *indigencias* (en lenguaje vulgar *dei bisogni* [de los menesteres] la llaman más significativamente); pues ella es como la base y fundamento, no sólo de lo que hemos visto, sino además de aquel famoso método que llaman histórico.

Insistiendo aún en la doctrina de la evolución, debe particularmente advertirse que aunque la indigencia o necesidad impulsan a la evolución, todavía la evolución regulada no más que por ella, traspasando fácilmente los fines de la tradición y arrancada, por tanto, de su primitivo principio vital, se encaminaría más bien a la ruina que al progreso. Por lo que, ahondando más en la mente de los modernistas, diremos que la evolución proviene del conflicto de dos fuerzas, de las que la una estimula al progreso, la otra pugna por la conservación. La fuerza conservadora florece en la Iglesia y se contiene en la tradición. Representa la autoridad religiosa, y eso tanto por derecho, pues es propio de la autoridad defender la tradición, como por el uso, puesto que, limitada a las variaciones de la vida, pocos o ningún estímulo siente que le induzcan al progreso. Al contrario, ocúltase y se agita en las conciencias de los individuos, una fuerza que los arrebatara en pos del progreso, y responde a interiores necesidades, sobre todo en las conciencias de los particulares, de aquéllos especialmente que están, como dicen, en contacto más particular e íntimo con la vida ».

Pero esta evolución de los modernistas carece de todo fundamento y debe rechazarse de plano; porque, dada la infalibilidad de la Iglesia, es absolutamente verdadero e invariable el sentido, según el cual, son definidas las verdades reveladas. El Concilio Vaticano dice<sup>26</sup>: « Si alguno afirmare, que es posible que a los dogmas propuestos por la Iglesia, alguna vez, según el progreso de la ciencia, se haya de atribuir otro sentido del que entendió y entiende la Iglesia: sea anatema ».

*Jesucristo*, según los modernistas es un puro hombre que predicó el advenimiento próximo del reino mesiánico, y en esto

<sup>26</sup> DB. 1818.

se equivocó; sin embargo, su espíritu religioso o su experiencia religiosa, en cuanto era fe en un reino de justicia, se propagó por muchas generaciones, pero no se conservó como en el tiempo de Cristo, sino que se le añadieron muchas cosas. Los modernistas distinguen entre el Cristo de la fe y el Cristo de la historia, en cuanto fué hombre semejante a los demás hombres, y como Cristo pertenece a la historia en cuanto fué hombre semejante a los demás hombres, y como éstos se portaba; pertenece a la fe, en cuanto era especialmente unido con Dios y obraba sobrenaturalmente: así Cristo resucitado no pertenece a la historia.

Los *Sacramentos*, para los modernistas, nacieron de la necesidad de recordar por medio de ritos externos la memoria de la redención y de participar por los sentidos sus frutos. También fueron inventados para que los fieles se comunicasen entre sí.

Según la encíclica *Pascendi*: « El culto brota de un doble impulso o necesidad; porque en su sistema, como hemos visto, todo se engendra, a lo que aseguran, en fuerza de impulsos íntimos o necesidades.

Una de ellas es para dar a la religión algo sensible, la otra a fin de extenderla; lo que no puede en ningún modo hacerse sin cierta forma sensible y actos santificantes, que se dicen sacramentos. Estos para los modernistas son puros símbolos o signos, aunque no destituídos de fuerza, y para explicar dicha fuerza se valen del ejemplo de ciertas palabras, que vulgarmente se dice haber hecho fortuna, por tener virtud de propagar ciertas nociones poderosas, y que hieren grandemente los ánimos. Pues, como dichas palabras se ordenen a tales nociones, así los sacramentos se ordenan al sentimiento religioso: nada más ».

Ahora bien, es menester sensibilizar algo la religión para que se excite su memoria y se perciban sus frutos; y de la misma manera la manifestación externa de los mismos es necesaria para que los fieles se unan en la religión. Ciertamente los sacramentos de los modernistas, como hayan sido introducidos por los fieles, no pueden tener ninguna eficacia para producir gracia, sino solamente pueden ser símbolos o signos que sirvan para excitar algún afecto religioso.

Entre la *ciencia* y la *fe*, como dicen los modernistas, no puede haber oposición; por lo tanto, aunque una niegue lo que la otra afirma, como la afirmación y la negación recaen sobre objetos

diversos, no puede haber contradicción. Por esto existe mutua independencia entre la fe y la ciencia.

Con todo, esta explicación no satisface, porque hay fenómenos sensibles y sobrenaturales, por ejemplo, los milagros de Cristo de los cuales la ciencia crítica e histórica juzgará, mas como no admiten nada sobrenatural, establecerá que no existe ningún verdadero milagro de Cristo; lo cual es opuesto y contradictorio a la fe que afirma que los milagros de Cristo fueron verdaderos milagros.

Por esto, si bien los modernistas niegan que la fe se sujete a la ciencia, sin embargo, de tres modos la fe se sujeta a la ciencia: *Primero*, porque los hechos en los cuales se contiene algo sobrenatural, en cuanto son hechos o fenómenos, la ciencia los vindica para sí, y porque la ciencia prescinde y elimina todo lo sobrenatural, juzgará de aquellos hechos, como si fuesen meramente naturales, y así se antepone a la fe que los tendrá por sobrenaturales; *segundo*, la misma idea de Dios, en cuanto es una operación humana que se manifiesta externamente, es un hecho o fenómeno, y por consiguiente la ciencia se la apropia, y juzgará de la idea de Dios, independientemente de la fe, y así lo capital en el orden religioso, se sujeta a la ciencia; *tercero*, por fin, cualquier fiel deberá juzgar de las cosas de este mundo, conforme a la sentencia de los científicos, y si éstos se oponen a la fe, se les obligará a anteponer la sentencia de los científicos a los dictámenes de la fe so pena de caer en ridículo.

La doctrina católica enseña que el estado se ha de subordinar a la Iglesia, pero los modernistas defienden la separación de la Iglesia del estado. Mas esto no para que la Iglesia sea independiente, sino para que se sujete enteramente al estado; porque todas las cosas externas y públicas, o pertenecientes a la sociedad, las somete al estado, y por lo tanto la Iglesia, como sociedad visible, dependerá completamente del estado. En este sistema sólo se deja para la Iglesia la dirección interna y privada de las cosas espirituales o tocantes a la religión.

La *Apologética* es puesta en práctica por los modernistas de dos modos, uno es objetivo y el otro subjetivo. El objetivo consiste en que por la observación de los fenómenos exteriores, tocantes a la religión católica, induzca a los hombres a experimentar la religión, y así sientan su necesidad. Mas el subjetivo exige que

el hombre sienta el deseo y la exigencia de la religión católica, o reconozca en sí el germen de la misma.

Ahora bien, este método es del todo inepto para llevar los hombres a abrazar la verdadera religión; porque tales experiencias, comúnmente no se dan, ni hay modo para excitarlas. Además, como la religión cristiana es sobrenatural, no puede demostrarse por lo que está contenido en las exigencias humanas. Añádase a esto, que aunque se diesen tales experiencias, no se podría probar ciertamente la existencia de Dios, fundamento de toda religión.

La meta de la teología modernista debe ser exponer y defender la doctrina religiosa de los modernistas, y particularmente la experiencia religiosa interna y la conciencia, porque en estas cosas se funda todo su sistema religioso. Qué cosa se contenga en aquellas experiencias, y de qué manera se interpreten por medio de varias fórmulas, ya se dijo más arriba; también se dijo que aquellas experiencias se propagaban por generaciones sucesivas; y así todo lo que establezcan los fieles en el tiempo venidero, puede atribuirse al mismo Cristo, porque los fieles son movidos a ello, con el fin de conservar y propagar el espíritu y la experiencia que tuvo Cristo y permanece en los fieles.

Según los modernistas, todo en la Iglesia católica se ha de reformar. En lo tocante a la doctrina, está claro por la exposición de su sistema, que hay que abandonar la filosofía escolástica y abrazar el agnosticismo y el inmanentismo, que hay que cambiar las nociones de revelación, inspiración, fe, dogma, potestad eclesiástica, etc. Más, parece que los modernistas desean que la Iglesia vuelva a aquel estado que, según ellos, tuvo en tiempo de Cristo. Este estado fué tal, que fuera de la experiencia de lo divino, no existía otra cosa, sino el deseo y la expectación del reino mesiánico, reino de justicia. Este reino se llama mesiánico, porque Cristo, que era Mesías, fué su predicador y ordenador.

### 3. ORIGEN FILOSÓFICO DEL MODERNISMO

La encíclica *Pascendi* reconoce que el modernismo « tiene su origen en la alianza de una falsa filosofía con la fe ». Vamos a declarar algo esta afirmación del Sumo Pontífice.

El modernismo, como vimos en los párrafos anteriores, se funda todo en el agnosticismo e inmanentismo. Ahora bien, estos dos sistemas están contenidos en el sistema filosófico de Kant.

En efecto, sabida es la oposición radical que existe entre la teoría del conocimiento de Kant y la de los escolásticos. Según los escolásticos por el conocimiento se descubre lo que existe en el orden ontológico, el conocimiento es la asimilación del cognoscente con la cosa conocida. Kant invirtió este concepto: la facultad cognoscitiva no debe conformarse y asimilarse con las cosas, sino las cosas deben conformarse con las facultades, en cuanto son conocidas según las disposiciones de éstas, aunque nada en las cosas corresponda a aquellas disposiciones.

Como sabemos, Kant distingue una triple facultad: la sensibilidad, el entendimiento y la razón; distingue a su vez una doble sensibilidad interna y externa. La sensibilidad produce intuiciones cuyo objeto son los fenómenos. En cada una de estas facultades encuentra dos elementos, material el uno y formal el otro. Así en la sensibilidad el elemento material es la impresión que excita una causa externa, y consiste en las cualidades sensibles, color, sonido, etc., que por lo tanto se dicen ser puramente subjetivas. El elemento formal de la sensibilidad externa es la forma de intuición innata del *espacio* o de la extensión, más el elemento formal de la sensibilidad interna es la forma del *tiempo*. Estas formas están vacías de materia empírica, o existen anteriormente a la experiencia y son independientes de la misma, por esto son formas o representaciones puras o *a priori*; pero aplicadas a las impresiones producen las intuiciones empíricas<sup>27</sup>.

Esta doctrina se opone a la doctrina aristotélica-escolástica, en tres cosas: en cuanto al origen de los conceptos del espacio y del tiempo, en cuanto al sujeto de estos conceptos, y por fin en cuanto a su valor objetivo. Pero dejemos esto que no nos interesa aho-

<sup>27</sup> Cf. J. Donat, en *Crítica*, ed. 7.ª, n. 169, pág. 136 ss. (Innsbruck 1933).

ra. Todo el sistema de Kant está dominado por esta teoría del espacio y del tiempo. El espacio y el tiempo son dos *formas a priori* de nuestra sensibilidad. Todo conocimiento sensitivo estará en nosotros, como coloreado, por estas dos formas, y como, según los escolásticos, « nada hay en el entendimiento que no nos haya venido por los sentidos », si el conocimiento está falseado, no podremos estar ciertos de la realidad de ningún objeto. Serán reales sí los fenómenos, es decir, conoceremos las apariencias de las cosas, pero de éstas no sabremos nada. Si no podemos saber nada de lo que está oculto por el fenómeno, mucho menos podremos conocer los objetos sobresensibles, como son Dios, el alma, la libertad, la inmortalidad. Serán para nosotros, objetos perpetuamente desconocidos, imposible será demostrar su existencia. Esta doctrina, que limita el conocimiento humano a los fenómenos, ha recibido el nombre de *agnosticismo*.

En Kant, pues, han ido a beber el primer principio de su error los modernistas. De Kant también tomaron el segundo, el *inmanentismo*. Kant parte de este principio que la moral existe.

El deber se impone; y como la obligación no puede venir del exterior, de Dios, cuya existencia ignoramos, debe venir del interior, es decir, de la razón práctica que, según Kant se confunde con la voluntad. La voluntad es, pues, autónoma: ella se manda a sí misma, más aún, el mismo motivo de obrar debe salir del hombre mismo, so pena de no obrar moralmente, sino a lo más *legalmente*. La razón práctica manda y se ha de obedecer, no por otro motivo, sino porque lo manda. Dejarse mover de otro motivo, por ejemplo, de amor, esperanza, temor no es obrar moralmente, porque estos motivos son *eudemonísticos*. Por esto Kant llama a la razón práctica nomotética, porque a sí misma se da la ley y es ella misma el fin de la ley.

Y estamos ya de lleno en el *inmanentismo*. Dentro de sí mismo encuentra Kant la moral, la ley, la obligación, el motivo de obrar. Veamos como Kant saca otras verdades muy importantes.

Para que la ley moral se pueda entender, hay que suponer ciertas verdades, no como ciertas teoréticamente, sino como postulados de la razón: estas verdades son *la libertad de la voluntad*, sin la cual el acto moral no existiría; esta libertad no es empírica, porque en este sentido nuestra voluntad siempre está sujeta

a la causalidad natural psicológica, sino trascendental, que depende del sujeto trascendental independiente de las leyes empíricas del espacio, tiempo, causalidad. Después se supone *la inmortalidad del alma*; pues en este mundo la obra de la perfección moral humana, no se puede llevar al cabo, ni puede concebirse de ella ningún término, por consiguiente conviene que la otra vida sea sin fin, en la cual el hombre pueda siempre progresar. Por fin *la existencia de Dios*, porque, aunque la virtud no se ejercite para merecer, sin embargo, es digna de recompensa, particularmente siendo innato, como es, en nosotros el deseo de la felicidad. Mas nadie, sino Dios puede dar un premio proporcionado a la virtud, pues sólo él puede conocer los quilates de los actos morales. Como Dios produzca aquel efecto de la ley moral, a saber, la felicidad, la ley moral puede considerarse como divina, y de esta suerte la ética resulta ser religión; no como si la ética se fundara en la religión y sus leyes hayan de observarse como dadas por Dios, lo cual sería eteronomía y mera legalidad, no autonomía, sino al contrario la religión se funda en la ética. Ni hay que admitir otros ejercicios de la religión, fuera de los actos morales. Así orar, especialmente hincadas las rodillas, es una ~~religión vana~~; ir a la iglesia para recibir los sacramentos, es fetichismo. Las revelaciones no hay que admitirlas. Nada más podemos saber de Dios <sup>28</sup>.

Las verdades que la razón especulativa no nos demostraba ni nos podía demostrar, la razón práctica las admite como si fueran ciertas, es decir, las cree. Y puesto que la ley moral nos lleva al conocimiento de Dios, podemos llamar a esta manifestación una revelación, ya que es por la fe en Dios que la poseemos. Esta revelación es del todo natural, pues se sigue de la existencia de la ley moral en nosotros; solamente se podrá llamar sobrenatural en el sentido de Kant, en tanto que Dios es una causa sobresensible, no en el sentido cristiano. Esta doctrina es la misma que la de los modernistas: de dentro de nosotros mismos, es decir, por la inmanencia, hemos hallado a Dios, la fe, la revelación, la religión. Para Kant, la única religión posible es la que existe por la moral. Mas entonces ¿qué decir

<sup>28</sup> Cf. V. Cathrein S. J., *Phil. Mor.*, ed. 16.<sup>a</sup>, n. 20, pág. 16 ss.; C. Willems, *Phil. Mor.*, pág. 47 s. (Treveris 1908); J. Baylac, *Revue Prat. d'Apol.*, t. VI, pág. 486 ss.

de las religiones que se llaman positivas? Solamente pueden admitirse en cuanto determinan el ideal moral, y ofrecen medios para realizarlo. Pueden considerarse como andadores de que necesitaba la humanidad niña, cuando aún no sabía hacer buen uso de su razón. Conviene pues admitir en la humanidad un progreso, una evolución que se manifieste en la manera nueva como ella entiende las religiones, para desentenderse finalmente de todas las religiones positivas <sup>29</sup>.

« Todas las religiones merecen igual respeto, dice Baylac <sup>30</sup>, a título de ensayos humanos para realizar el reino de Dios sobre la tierra. Estos ensayos son más o menos perfectos. Existe uno de estos ensayos más perfecto que todos los otros, precisamente porque es más conforme con la religión racional pura: es el cristianismo primitivo. Jesucristo es el fundador de la primera Iglesia verdadera, destinada a servir de forma visible a la Iglesia invisible. El cristianismo puede ser considerado como religión natural y como religión histórica. Bajo el primer punto de vista, hay identidad entre la moral del Evangelio y la del *imperativo categórico*. En las dos, el bien está en la voluntad, en la pureza de corazón; el pecado de pensamiento es ya un crimen; el odio equivale al homicidio; la vida moral es la puerta estrecha que conduce a la salud; abarca no solamente las buenas intenciones, sino los actos; excluye la inacción positiva que se abandona a la influencia de lo alto. No son los que dirán ¡Señor! ¡Señor! los que se salvarán, sino los que harán su santa voluntad. Nuestros deberes se resumen en dos reglas, la una general: Amor a Dios sobre todas las cosas, es decir, cumple tu deber únicamente por el amor del deber; la otra especial: ama a tu prójimo como a tí mismo, es decir, trabaja para su bien, con un espíritu desinteresado, benévolo para con él. El cristianismo propone así un ideal accesible a todos, sin que ni la verdad de la doctrina, ni la autoridad, ni la dignidad del que la ha enseñado, tengan necesidad de otro título para ser creídos que la adhesión de la razón.

Al lado del elemento moral, propiamente religioso, el cristianismo, como base de una Iglesia humana, comprende también un lado histórico. Considerar todo lo que toca a la fe his-

<sup>29</sup> Cf. J. Fontaine, *La Synthèse du Modernisme*, pág. 23 ss.

<sup>30</sup> O. c., pág. 493, en que expone la doctrina de Kant en su libro *La religión dans ses limites de la Raison*, pág. 167.

tórica, como simple vehículo de la fe racional, como medio de favorecer la introducción y la influencia de esta fe, es cosa legítima...

Los dogmas, los sacramentos, los ritos considerados en sí mismos independientemente de la fe racional, no tienen ningún valor para la razón, porque son indemostrables, porque suponen la intervención de un poder sobrenatural, del cual histórica y racionalmente es imposible establecer la verdad.

Pero si se los considera como símbolos, signos de puras representaciones, de exigencias de la razón práctica, entonces adquieren un sentido, se imponen, pueden ser útiles, porque la fe de la razón, como la fe histórica, llevan consigo misterios. La razón no nos proporciona la explicación de todo lo que la religión requiere. Existen afirmaciones, prácticamente necesarias, que no pueden tener ninguna demostración teórica ».

Y dos páginas más abajo, prosigue el mismo Baylac: « Ahora bien, considerad entretanto el modernismo; hallaréis que no difiere esencialmente del Kantismo: en una y otra parte los mismos principios y las mismas consecuencias. Releed la encíclica *Pascendi*; mirad cómo los modernistas entienden la filosofía, la teología y la crítica religiosa, la apologética; cómo entienden la fe, la revelación, qué idea se forman de los dogmas, los sacramentos, la Iglesia y hallaréis que su concepción de la religión es en el fondo la misma que la de Kant; notaréis que su doctrina, como la de Kant, se reduce a estos puntos principales: agnosticismo, imanentismo, simbolismo, evolucionismo. *La razón humana, dice la Encíclica, expresando el pensamiento de los modernistas, encerrada rigurosamente en el círculo de los fenómenos, es decir, de los objetos que aparecen, y tales, ni más ni menos, como aparecen, no posee la facultad ni el derecho de franquear esos límites; siendo, en consecuencia, incapaz de elevarse hasta Dios.*

Ved aquí el agnosticismo. *Una vez repudiada la teología natural, y cerrado, en consecuencia, todo acceso a la revelación por quedar desechados los motivos de credibilidad; más aún abolida por completo toda revelación externa, resulta claro que no puede buscarse fuera del hombre la explicación apetecida, y debe hallarse en el interior del hombre; mas como la religión es una forma de vida, la explicación ha de hallarse en la vida mis-*

*ma del hombre. Ved aquí la imanencia religiosa. El método del modernista teólogo consiste en tomar los principios del filósofo y adaptarlos al creyente. El filósofo decía: Las representaciones del objeto de la fe son sólo simbólicas; el creyente añadía: el objeto de la fe es Dios en sí; el teólogo concluye: Las representaciones de la realidad divina son, pues, puramente simbólicas. Ved aquí el simbolismo teológico ».*

Otra idea capital en el sistema modernista es, según la Encíclica, la evolución, y como hemos visto la evolución tiene sus raíces en la doctrina de Kant.